

Comprensión de España en clave mexicana: Alfonso Reyes y la generación del 14

*A Mexican Point of View on Spain:
Alfonso Reyes and the Generation of 1914*

SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO

El Colegio de México

spineda@colmex.mx

Resumen: El propósito de este trabajo es circunstanciar la década madrileña de Alfonso Reyes (1914-1924) en relación con las generaciones españoles del 98 (Miguel de Unamuno, “Azorín”, Valle-Inclán, Pío Baroja) y especialmente del 14 (José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Eugenio d’Ors, etc.) Además de amistar con todos ellos, el escritor mexicano compartió la crisis o decadencia de España (en su caso se unía la de México, al ser exiliado por la Revolución) y la convicción de modernizar o “europeizar” la literatura en lengua española. Por cuanto escribió la mayor parte de su obra creativa en Madrid entre 1914 y 1924, Alfonso Reyes se convirtió también en un referente de modernidad para la intelectualidad hispanoamericana. Con el tiempo llegó a ser, como Unamuno y Ortega, un maestro para la comunidad pensante de México y del resto de naciones de habla española.

Palabras clave: Alfonso Reyes, Generación del 98, Generación del 14, Revolución Mexicana, Ensayo español, Ensayo mexicano.

Abstract: The purpose of this paper is to examine Alfonso Reyes’s exile in Madrid between 1914 and 1924 in relation with the Spanish generation of 1898 (Miguel de Unamuno, “Azorín”, Valle-Inclán, Pío Baroja) as well as of 1914 (José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Eugenio D’Ors, etc.). Reyes achieved a friendship with these Spanish counterparts, because he shared with them a time of national crisis –in his case he had to flee from the Mexican Revolution in 1913. Reyes was also very aware of the need to modernize the Spanish language literature. That is why Reyes, like Unamuno and Ortega, became a reference of *modernity*, a literary *master* for the intellectual community both of Mexico and the rest of Hispanic American countries.

Keywords: Alfonso Reyes, Generation 1898, Generation of 1914, Mexican Revolution, Spanish essay, Mexican essay.

1. El exilio madrileño de Alfonso Reyes

La década madrileña de Alfonso Reyes fue tan vivaz y rica en consecuencias que se trata del contacto cultural más importante entre un escritor mexicano y la intelectualidad española en la primera mitad del siglo XX. Cuando Reyes

llegó a Madrid el 2 de octubre de 1914, España experimentaba un cierto esplendor intelectual. Se puede apreciar al leer la lista de algunas de las obras publicadas durante aquel año de quienes encabezaban la generación del 98 y la del 14: *Niebla*, de Miguel Unamuno; *Vieja y nueva política* y *Meditaciones del Quijote*, de José Ortega y Gasset; *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez; *Jardín umbrío*, de Ramón del Valle-Inclán; *Al margen de los clásicos*, de Azorín (pseudónimo de José Martínez Ruíz); *Ex votos*, *El rastro* y *El doctor inverosímil*, de Ramón Gómez de la Serna; *Los caminos del mundo*, de Pío Baroja; *Flos sophorum* y *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*, de Eugenio d'Ors. En menor o mayor grado el mexicano amistó con todos ellos, y se unió a la convicción común de modernizar o “europeizar” España, lo hispánico.

Por cuanto escribió la mayor parte de su obra creativa en Madrid entre 1914 y 1924, Alfonso Reyes se convirtió también en un referente de *modernidad* para la intelectualidad hispanoamericana. Con el tiempo llegó a ser, como Unamuno y Ortega, un maestro para la comunidad pensante de México y del resto de naciones de habla española. Era inevitable que las ondas de este esplendor intelectual español alcanzaran a Hispanoamérica y se propagaran velozmente. Compartimos una lengua en común (un mismo campo electromagnético) y la crisis de España de 1898 era, en el fondo, la cúspide de una serie de crisis del ex imperio español que se extendía a las demás naciones de habla española, partes de ese viejo imperio.

En *Meditaciones del Quijote* (1914), publicada meses antes de la llegada de Alfonso Reyes a Madrid, Ortega reveló que nuestras circunstancias históricas equivalían a la otra mitad de nuestro ser: “Este factor de realidad circundante forma la otra mitad de mi persona: sólo a través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo [...] Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”¹. La expresión de si no salvo a mi circunstancia no me salvo yo, según Julián Marías, “encierra la razón filosófica de que Ortega se ocupe temáticamente de España, y también la justificación del patriotismo en general”². Para la generación del 14, que Ortega lideró con la publicación de *Meditaciones del Quijote* y de *Vieja y nueva política*, la circunstancia candente de España era la *decadencia*, y el intento por salvar esa circunstancia, por superarla, caracterizó el tema central de sus ensayos.

El estallido de la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914 contribuyó a acentuar esa sensación de *decadencia*, y hasta el sereno poeta Juan Ramón Jiménez recordaba que, si bien España se reservaba neutral en aquel conflicto, “a nosotros nos parecía que estábamos en los extramuros del mundo. Una sensación de lejanía, de sordera, de impotencia nos sobrecogía”³. Con patetismo sentenciaba Ortega que la neutralidad de su país en un conflicto de proporciones mundiales no era sino una prueba de que España había dejado de existir: “A este nombre responde una entidad geográfica, mas no un alma nacional, un espíritu colectivo que pueda llevar el nombre de patria”⁴.

¹ ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, ed. de Julián Marías, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 76-77.

² MARIAS, J. “Introducción (nota 52)”, a ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, o. c., p. 77.

³ Citado por MENÉNDEZ ALZAMORA, M., *La generación del 14: una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2006, p. 262.

⁴ ORTEGA Y GASSET, J., “Borrador del prospecto”, *Escritos políticos I, OC X*, Madrid, Revista de Occidente, 1969, p. 247.

Con menos patetismo pero más realismo, el 19 de octubre de 1914 Pedro Henríquez Ureña le escribía desde La Habana a Alfonso Reyes, cuando éste acababa de auto-exiliarse en Madrid tras el recrudecimiento de la Revolución mexicana:

México ha dejado de existir. Allí no hay gobierno, ni propiedad privada, ni existencia individual jurídica, ni tribunales, ni registro civil. Se han destruido millones en valor de inmuebles en sólo la capital. Fenómeno único en las guerras civiles de América y que en las del mundo sólo hace recordar la inevitable Revolución Francesa. [...] ¿Qué surgirá de este extraño desastre? ¿Volverá a haber civilización en México?⁵.

México, para Pedro Henríquez Ureña, había dejado de existir en 1914 con el triunfo de la Revolución constitucionalista de Venustiano Carranza, cuando las multitudes bravías de a caballo invadieron la capital sin saber muy bien lo que querían, como lo delata el encuentro entre Pancho Villa y Emiliano Zapata en el palacio de Chapultepec. La vieja aristocracia mexicana había huido, y con ella buena parte de sus intelectuales. Para Alfonso Reyes, uno de esos exiliados, México ya había dejado de existir el día en que mataron a su padre: el 9 de febrero de 1913, en vísperas de la conspiración para derrocar el gobierno revolucionario (legítimamente constituido) de Francisco I. Madero. En su texto “Oración del 9 de febrero”, el escritor mexicano sentenció: “Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día”⁶. Me pregunto si no podría hablarse, por lo tanto, de una *decadencia mexicana* para la circunstancia de la generación del Ateneo de la Juventud, contemporánea a la generación española del 14. Sólo que la *decadencia* de México fue aun mucho más honda que la de España. Y otorgó otras *honduras* a la obra de Reyes, distintas a las de Ortega, y distintas también a la obra de sus colegas mexicanos como José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán.

No era tan fácil, en el caso de Reyes, el lenguaje efectivo, directo y enfático de Ortega. Parte de su *reticencia poética* obedecía a que su padre, el general Bernardo Reyes, no sólo había sido el fiel gobernador de los estados del norte de México durante la dictadura de Porfirio Díaz y el candidato más apto para sucederlo si se hubiera presentado en las elecciones de 1910. También estuvo detrás del golpe militar para derrocar al gobierno *revolucionario* de Madero, y aunque cayó asesinado antes de que se consumara el golpe de Estado, su nombre quedó asociado a los victimarios, al dictador Porfirio Díaz y al golpista Victoriano Huerta, es decir, a los enemigos de la Revolución, a los reaccionarios, a los *malos*. Los *buenos*, en cambio, se convirtieron en nombres de calles y monumentos: Madero, Zapata, Villa y Carranza. Detenerse demasiado en las intenciones de su padre para derrocar a Madero, conspiración en la que también participó su hermano Rodolfo Reyes, le hubiera impedido a Alfonso Reyes insertarse en el discurso hegemónico que dominó en México a lo largo del siglo XX, el de la Revolución. Prefirió sublimarlo, según Octavio Paz, a través de la escritura de su poema dramático *Ifigenia cruel* (1923):

⁵ HENRÍQUEZ UREÑA, P., y REYES, A., *Epistolario íntimo (1906-1946)*, tomo II, recopilación de Juan Jacobo Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, p. 81.

⁶ REYES, A., “Oración del 9 de febrero”, *Memorias, OC XXIV*, México, FCE, 1990, p. 39. [Este texto fue escrito en Buenos Aires en agosto de 1930, pero que dejó inédito en vida y que sólo se publicó póstumamente].

Quizá no sea innecesario recordar que este poema es, entre otras muchas cosas, el símbolo de un drama personal y la respuesta que el poeta intentó darle. Su familia pertenecía al *ancien régime*. Su padre había sido ministro de la guerra del gobierno de Porfirio Díaz y su hermano mayor, el jurista Rodolfo Reyes, era un profesor universitario y un polemista de renombre. Ambos fueron conservadores y enemigos del gobierno revolucionario de Madero [...] Así, la situación de Alfonso Reyes no era muy distinta a la de Ifigenia: el hermano le recuerda que la venganza es un deber filial; y rehusarse a seguir la voz de la sangre es condenarse a servir a una diosa sanguinaria –Artemisa en un caso, la Revolución mexicana en el otro. Ifigenia decide quedarse en Táuride, y Reyes se pone al servicio del régimen revolucionario⁷.

Pero no fue de un día para otro en que Reyes se puso al servicio del régimen revolucionario. De 1914 a 1919 no tuvo ningún vínculo con el gobierno mexicano. Sólo hasta 1920, cuando el movimiento de Alvaro Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles derrocó el régimen de Venustiano Carranza, Reyes, gracias a la intervención de José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional, se vinculó al cuerpo diplomático en la Legación de Madrid. De manera que no fue, como lo matiza el historiador Javier Garciadiego, “un exiliado político *voluntario*”⁸. Luego del triunfo del Ejército Constitucionalista de Carranza en julio de 1914, Reyes no pudo asomarse por México so pena de que lo mataran. Desde el 4 de diciembre de 1913, en el periódico *El Constitucionalista*, Carranza había expedido una ley según la cual se ordenaba castigar con la pena de muerte “[...] al general Victoriano Huerta, a sus cómplices, a los promotores y responsables de las asonadas militares operadas en la capital de la república, en febrero del corriente año [1913] [y] a todos aquellos que de una manera oficial o particular hubieran reconocido o ayudado, o en lo sucesivo reconocieren o ayudaren, al llamado Gobierno del General Victoriano Huerta”⁹. El haber aceptado del gobierno de Huerta el nombramiento de segundo secretario de la Legación de México en París en agosto de 1913 y, sobre todo, el ser el hijo del *reaccionario* general Bernardo Reyes, ¿no lo convertían, si volvía a México, en el más susceptible de ser fusilado?

Pasó un año triste en París entre agosto de 1913 y septiembre de 1914, sin escribir nada creativo como no fueran artículos de filología para la *Revue Hispanique*, que dirigía en la capital francesa el hispanista Raymond Foulché-Delbosc. El 15 de julio de 1914 el Ejército Constitucionalista de Carranza derrocó el gobierno golpista de Huerta, y todo el Cuerpo Diplomático mexicano acreditado en Europa quedó cesado. En agosto, en medio del estallido de la Primera Guerra Mundial, Reyes se vio despedido y sin sueldo, sin poder regresarse a México ni quedarse en un París asediado por las bombas alemanas. A principios de septiembre cruzó la frontera hasta San Sebastián en compañía de su esposa Manuela Mota y de su

⁷ PAZ, O., “El jinete del aire: Alfonso Reyes”, *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano, OC IV*, ed. del autor, México, Círculo de Lectores-FCE, 2006, p. 228.

⁸ Javier Garciadiego, “Alfonso Reyes y España: exilio, diplomacia y literatura”, en *Reyes, Borges, Gómez de la Serna. Rutas trasatlánticas en el Madrid de los años veinte*, comp. de Julio Ortega, México, Grupo Editor Orfila Valentini-TEC de Monterrey, 2011, p. 84. [Las itálicas son mías].

⁹ Tomado de RAMÍREZ RANCAÑO, M., *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, UNAM, 2002, pp. 5-6.

hijo en brazos Alfonso Reyes Jr. Desde allí decidió aventurarse a Madrid a probar suerte. Así se lo hizo saber a su amigo Pedro Henríquez Ureña:

No me queda más que España. A México, jamás. Madrid es campo mediocre, pero ¿quién sabe? [...] Quizá por aquí realizo el ideal de desvincularme de México por una era. Tengo cierta fe. [...] Si logro algo, traslado allá mis libros en cuanto pueda y, desde luego, mi familia. Corro el riesgo inminente de morirme de hambre¹⁰.

Llegó el 2 de octubre de 1914, desvinculado de cualquier político mexicano, sin bandera revolucionaria o anti-revolucionaria. Muchos años después, en *Historia documental de mis libros*, sus memorias, aseguró que su década madrileña correspondió, con rara y providencial exactitud, “a mis anhelos de emancipación. Quise ser quien era, y no remolque de voluntades ajenas. Gracias a Madrid lo logré”¹¹. No fue fácil. Cuando llegó a Madrid encontró que una situación similar a la suya padecían Amado Nervo y Francisco A. de Icaza, escritores mexicanos que pertenecían a la Legación en España. Hurgando en la prensa de la época, Héctor Perea demostró varios gestos de solidaridad de intelectuales y políticos españoles hacia los refugiados mexicanos. El 26 de noviembre de 1915, por ejemplo, el diputado y director del diario *El Parlamentario*, Fernando de Antón del Olmet, pidió en una sesión de las Cortes ayuda económica para el poeta Amado Nervo, pues “comparte con Rubén Darío el prestigio de la intelectualidad literaria hispanoamericana [...] tiene a orgullo llamarse español, descender de españoles, escribir en lengua española y ser para nosotros un hermano”¹². Por su parte, Ortega y Gasset apoyó la propuesta del diputado Antón del Olmet, y en un artículo para *El Imparcial* del 4 de diciembre de 1915, consideró como “un gesto de hidalguía” concederle una pensión a Amado Nervo. Pero dos días antes, el 2 de diciembre de 1915, la editorial del semanario *España*, que Ortega dirigía, había ya sugerido más bien la posibilidad de integrar a la vida española a aquellos intelectuales mexicanos:

[...] es un hecho que las convulsiones mejicanas han traído al rezago español algunos hombres de aquella tierra dotados de excelentísimas fuerzas intelectuales y morales: son literatos, artistas, técnicos, etc. El desorden fatal de su patria los ha puesto impensadamente en difícil situación ante la vida. [...] Nada de pensiones porque no se trata de inválidos. [...] ¿No habría mejor medio de aprovechar esas fuerzas intelectuales dentro de nuestra sociedad? ¿No son acciones como esta que proponemos la verdadera política hispanoamericana, y todo lo demás retórica, y sobre todo, retórica mala? [...] ¿No sería una obra española tratar a esos mejicanos en destierro de modo que España no sea tal destierro para ellos sino una ampliación de su pueblo¹³.

¹⁰ “Carta de AR a PHU, San Sebastián, 19 de septiembre de 1914”, *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia I. 1907-1914*, ed. de José Luis Martínez, México, FCE, 2004, p. 478.

¹¹ REYES, A., *Historia documental de mis libros, OC XXIV, o. c.*, p. 177.

¹² Citado por PEREA, H., *La rueda del tiempo. Mexicanos en España*, México, Cal y Arena, 1996, p. 54.

¹³ Citado por PEREA, H., *ib.*, pp. 55-56. [La cita original está en “Editorial”, *España*, 2 de diciembre de 1915, facsimilar I, p. 537].

Alfonso Reyes no sólo leyó esta propuesta de la editorial del semanario *España*, donde ya trabajaba enviando algunas reseñas cinematográficas, sino que la asumió de modo personal.

2. Diálogo sutil entre Reyes y Ortega

Los manuales y las historias literarias, al regirse por el concepto de “literatura nacional”, pasan por alto los intercambios y contactos intelectuales transnacionales. La división entre literatura hispanoamericana y literatura española, por ejemplo, parece dejar en el limbo la obra de Alfonso Reyes. Por fortuna, un análisis puntilloso de *Cartones de Madrid*, su libro de estampas de la capital española publicado en 1917, demuestra una profunda afinidad con los escritores de la generación del 98 y del 14. *Cartones de Madrid* no supera las cien páginas, pero la cantidad de referencias poéticas, filosóficas, históricas y políticas –la densidad de datos detrás de cada referencia– fijan la realidad española con eficacia, sin prescindir de ciertos determinismos y lugares comunes. Por ejemplo, el séptimo texto de *Cartones*, “Manzanares y Guadarrama”, recoge el proverbio madrileño “Nueve meses de invierno, y tres de infierno”, para lamentarse de que el corto verano empañe –africanice– el europeísmo del resto del año. Maldice al pequeño río Manzanares de no ser un río navegable como los de Francia, para darle fluidez a los habitantes de la villa madrileña. La delgadez del río, la poca corriente, parece contagiar a sus *ribereños*, más bien, de ese aire de estar siempre de vuelta, malhumorados. Maldice también la sierra del Guadarrama por no apaciguar el calor del verano, y por aumentar el invierno con un viento seco que produce una tos carrasposa, de donde viene la “articulación profunda de la *j* española”¹⁴. Estos lugares comunes, que él parodia, son una defensa al mundo de las apariencias, del yo y mis circunstancias orteguiano.

Ya antes, precisamente, Ortega había tocado en *Meditaciones del Quijote* los tópicos sobre el río Manzanares y la sierra del Guadarrama, tanto para parodiar los prejuicios positivistas en torno al clima y la geografía madrileña como para proponer –exigir– una mirada interior mucho más profunda sobre la realidad española:

Y en la escuela platónica se nos da como empresa de toda cultura: “salvar las apariencias, los fenómenos”. Es decir, buscar el sentido de lo que nos rodea. Preparados los ojos en el mapamundi, conviene que los volvamos al Guadarrama. Tal vez nada profundo encontremos. Pero estemos seguros de que el defecto y la esterilidad provienen de nuestra mirada. Hay también un *logos* del Manzanares: esta humildísima ribera, esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe lleva, sin duda, entre sus pocas gotas de agua, alguna gota de espiritualidad¹⁵.

¿En la idea de Ortega de “salvar las apariencias, los fenómenos” de lo que lo rodea, no encuentra también Reyes, en *Cartones de Madrid*, un *logos* del Manzanares y del Guadarrama? En el artículo “Alfonso Reyes y la España del 27”, publicado en el año 2002, Rafael Gutiérrez Girardot sugirió que *Cartones de Madrid* podía ser una

¹⁴ REYES, A., *Cartones de Madrid, OC II*, México, FCE, 1976.

¹⁵ ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote, o. c.*, p. 78.

respuesta a *Meditaciones del Quijote* (1914) de Ortega, puesto que asumía la interpretación de la realidad española, no tanto desde la filosofía o sociológica, sino desde la tradición literaria¹⁶. Esto no le impidió a Reyes, según el crítico colombiano, analizar a su modo el contexto sociopolítico español. Ya el propio Reyes había dicho, en sus primeros “Apuntes sobre José Ortega y Gasset” (1916), que en *Meditaciones del Quijote* había visto un fin esencialmente político, no literario; que a Ortega le interesó ver el mundo no como él es sino como le convenía¹⁷.

Con todo, ciertas afinidades entre la sensibilidad de Reyes y Ortega con respecto a la realidad española pueden comprobarse, sin necesidad de forzar nada, en algunos escritos de ambos, fechados entre 1914 y 1917, es decir, durante los años de la Primera Guerra Mundial. En el primer tomo de *El Espectador* (La Lectura, Madrid, 1916), lo que más celebraba Ortega de la narrativa de Pío Baroja también lo celebraba Alfonso Reyes: la capacidad de observación, condición que proponía como esencial para el auténtico escritor:

El primer mandamiento del artista, del pensador es mirar, mirar bien el mundo en torno. Este imperativo de contemplación, o *amor intellectualis*, basta a distinguir la moral del Espectador de la que establecen los *activistas*, no obstante sus múltiples coincidencias¹⁸.

Los *activistas*, se entiende, serían los políticos; el Espectador (con mayúscula), en cambio, sería el artista, el escritor, cuya primera intención sería elevar un reducto contra la política y compartir la voluntad de pura visión, de teoría. Reyes compartía bastante esta opinión de Ortega en la medida en que él también deseaba apartarse del activismo político, para observar bien el mundo en torno. La afinidad con Ortega la encontraba también en la conversación con él en los cafés madrileños, ya que según se lo contaba a Pedro Henríquez Ureña en una carta del 3 de julio de 1916, en Ortega encontraba al único “con quien siento que, entre palabras, se guiña mi alma”¹⁹. En el verano de 1916, recordaba Reyes en *Historia documental de mis libros*, Ortega le dio el consejo estético, el estímulo detrás del cual parece latir gran parte de su obra: “El secreto de la perfección está en emprender obras algo inferiores a nuestras capacidades”²⁰. De ahí la brevedad de los textos de *Cartones*, *El suicida* y *El cazador*, tres de sus libros más madrileños.

¹⁶ GUTIÉRREZ GIRARDOT, R., “Alfonso Reyes y la España del 27”, en *Literatura hispanoamericana del siglo XX: mimesis e iconografía*, ed. de Guadalupe Fernández Ariza, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2003, p. 24. [Este libro reúne los trabajos del II Curso de Literatura Hispanoamericana del siglo XX, celebrado en la Universidad de Málaga entre los días 4 y 8 de marzo de 2002].

¹⁷ Véase de REYES, “Apuntes sobre José Ortega y Gasset”, *Los dos caminos, Simpatías y diferencias. Cuarta serie, OC IV*, México, FCE, 1956, p. 260.

¹⁸ ORTEGA Y GASSET, J., “Ideas sobre Pío Baroja”, *El Espectador I, OC II*, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983, p. 98. Véase también ORTEGA Y GASSET, J., *Ensayos sobre la generación del 98 y otros escritores españoles contemporáneos*, Madrid, Revista de Occidente-Alianza, 1981, p. 121.

¹⁹ “De AR a PHU, Madrid 3 de julio de 1916”, *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia I. 1907-1914, o. c.*, p. 263.

²⁰ Citado por REYES, A., *Historia documental de mis libros, o. c.*, p. 193.

Cierta brevedad (¿inferioridad o perfección?) también acusan varios textos de Ortega de esta misma época. Hay uno en particular, titulado “Estética del tranvía” (*El Espectador-I*, 1916), que ha de haber inspirado el catorceavo texto de *Cartones de Madrid*, “La prueba platónica”. En él, Ortega lamentaba el modo insistente y casi táctil con que el “macho ibérico” mira a la mujer en el tranvía, en vez de asumir una mirada más ética –por lo mismo más estética– basada en la contemplación platónica y hasta en los misterios poéticos sugeridos por Mallarmé²¹. Y en el texto “La prueba platónica”, Reyes *preña* su mirada de esa estética y ética al contemplar las muchachas madrileñas paseándose por la Puerta del Sol en vestidos sueltos y primaverales. La filosofía de Platón le sirve de consuelo, para resignarse a amar sin poseer –a mirar y no tocar:

Calle de Alcalá o de Toledo. Mujeres rudas o finas. Todas hermosas. Una tras otra con una frecuencia desesperante. Ritmo inagotable, melodía de ojos y cabelleras, marcha infinita de los pies. Un mareo, una fuga general de deseos, hasta que no os quedáis fríos y perfectos, como el mismo cristal. No conozco mejor prueba de la escala platónica que el ver desfilar por Madrid las mujeres bellas. Cada una pone una nota propia al concierto²².

Para la generación del 14, la novela decimonónica a la manera de Balzac, Zola o Pérez Galdós, se juzgaba agotada, pasada de moda y no despertaba ya fascinación. En “La voluntad del barroco”, un ensayo publicado en el semanario *España* el 12 de agosto de 1915, y más tarde compilado en *El Espectador I* (1916), Ortega explicaba: “Ha dejado de interesarnos la novela, que es la poesía del determinismo, el género literario positivista”²³. A mi modo de ver, Alfonso Reyes suscribió estas palabras de Ortega: nunca escribió una novela, y en sus libros de cuentos y ensayos yo no veo un narrador a la manera decimonónica, sino un ensayista de páginas breves que rehúye de los volúmenes largos y que, desde cierta introspección, prefiere lo conciso a lo abundante.

El suicida fue su primer libro publicado en España, en el tomo V de la editorial Cervantes, dirigida por Francisco Villaespesa y Luis G. Urbina. Se compone de diez textos breves que giran en torno al tema de la aceptación vitalista del mundo en contra de teorías fatalistas y suicidas. El primer texto alude *implícitamente* al suicidio del novelista español Felipe Trigo (1864-1916). Sólo que en ninguna línea del texto aparece el nombre de Felipe Trigo, ni tampoco el de *El médico rural* (1912), el título de una de sus novelas más conocidas entre la intelectualidad de aquel momento. Reyes omitió deliberadamente el nombre del suicida –de Felipe Trigo– para convertirlo en un ente de ficción, en una entidad abstracta, en una excusa para la divagación ensayística.

Muchos años después, en *Historia documental de mis libros*, admitió que se trataba de Felipe Trigo, del que nunca fue lector ni mucho menos admirador: “[...] apenas me documenté sobre él en un estudio firmado por H. Pescux-Richard (*Revue Hispanique*, 1913, XXVIII, N° 74)”²⁴. Eugenio D’Ors también ya había publicado un artículo bur-

²¹ Véase de ORTEGA Y GASSET, “Estética del tranvía”, *El Espectador I*, o. c., pp. 33-39.

²² REYES, A., *Cartones de Madrid*, o. c., p. 78.

²³ ORTEGA Y GASSET, J., “La voluntad del barroco”, *El Espectador I*, o. c., p. 98.

²⁴ *Ib.*, p. 224. [El texto al que se refiere Reyes, en efecto, está firmado por H. Pescux-Richard, “M. Felipe Trigo”, *Revue hispanique: recueil consacré à l’étude des langues, des littératures et de l’histoire des pays castillans, catalans et portugais*, t. 28, n. 74, 1913, pp. 317-389].

lesco contra Felipe Trigo (antes de que se suicidara). El artículo de D'Ors, firmado con el pseudónimo Xenius, se titula "El penseroso, Le penseur y El preocupado / Noticias de la República de las Letras", y, en efecto, está publicado en el semanario *España* el 12 de enero de 1915. Lo curioso es que D'Ors no hace tampoco ninguna mención a Felipe Trigo en su artículo, como no sea por alusiones a su pose pesimista o fatalista:

El Preocupado representa la Inteligencia paciente, a dos dedos quizá de la desesperación. *Le Penseur*, la *Inteligencia militante*, a punto de parto y de victoria. *Il Penseroso*, la *Inteligencia triunfante*, al día siguiente de su triunfo. Que sabido es que el día siguiente al triunfo de la Inteligencia se llama Melancolía²⁵.

Por lo visto, al ser un novelista de mucho éxito entre las clases populares, Felipe Trigo no gozaba de mucha estima entre los círculos intelectuales, donde más bien era tomado con ironía y con burla. Reyes deducía, entre "burlas veras", que Felipe Trigo "no supo ligar unas frases con otras, ni unas páginas con otras. Pero sí unos libros con otros"²⁶. Trigo era todo lo opuesto al ideario estético del mexicano: en lugar de seguir el secreto de la perfección artística (recuérdese el consejo que Ortega le dio a Reyes), "emprender obras algo inferiores a nuestras capacidades", este novelista populachero puso "su obra algo por encima de sus medios artísticos"²⁷. El tiempo parece haberle dado la razón a Ortega y a Reyes: de ser un novelista de mucho éxito en su tiempo, Trigo está casi olvidado en el actual. De ahí que Reyes lo dejara sin nombre en *El suicida*.

3. Entre la voluntad y la noluntad

Efectivamente, los miembros de la generación del 14 exaltaron otro tipo de novelistas. Ortega se interesó particularmente por Baroja y Azorín, a juzgar por los sendos estudios que les dedicó en *El Espectador*. En las primeras novelas de Baroja, *Camino de perfección* (1901) y *El árbol de la ciencia* (1911), lo mismo que en las primeras de Azorín, *La voluntad* (1902) y *Antonio Azorín* (1903), yo creo encontrar argumentos y hasta entes de ficción bastante parecidos a los que plantea Reyes en *El suicida*. El choque entre las teorías de la aceptación y de la rebeldía, entre la vitalidad y el fatalismo, inundan, por ejemplo, *La voluntad*, esa rara novela de Azorín más cercana al ensayo que a la narración realista o naturalista. Yuste, el protagonista, se me antoja un precursor de la voz ensayística de *El suicida*:

Yo soy un rebelde de mí mismo; en mí hay dos hombres. Hay el *hombre-voluntad*, casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de comprensión de la espontaneidad, de contrariación [sic] de todo lo natural y fecundo. Hay, aparte de éste, el segundo hombre, el *hombre-reflexión*, nacido, alentado

²⁵ D'ORS, E., Xenius, "Las obras y los días: *Il penseroso*, *Le penseur* y *El preocupado*", en *España. Semanario de la vida nacional* Núm., 3, (12-II-1915), p. 8. Disponible en *Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España*: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003360426&search=&lang=es> [Consultado el 26 de marzo de 2014].

²⁶ REYES, A., *El suicida*, OC III, México, FCE, 1996, p. 222.

²⁷ *Íd.*

en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos autoanálisis. El que domina en mí, por desgracia, es el *hombre-reflexión*; yo casi soy un autómatas, un muñeco sin iniciativas; el medio me aplasta, las circunstancias me dirigen al azar, a un lado y a otro²⁸.

El ente abstracto que encarna aquel novelista suicida [Felipe Trigo] también cautivó a Unamuno, a juzgar por la carta que, el 2 de junio de 1917, le dirigió a Reyes en acuse recibo de un ejemplar de *El suicida*:

lo he leído y con provecho. Lo tomé con interés desde que empecé su lectura pues cuando se mató el pobre Felipe Trigo —el culto a la vida, así, con letra mayúscula, lleva a la muerte— pensé escribir sobre ello. Veo que tenemos muchas lecturas comunes y aficiones parecidas. He anotado algunos pasajes de sus ensayos con ánimo de comentarlos alguna vez. ¿Cuándo? No lo sé. Me gusta el género y me gusta como usted lo trata. Acaso haya demasiada literatura. Algo más de misticismo activo estaría mejor²⁹.

Claro: Felipe Trigo se parecía a Augusto, el protagonista de *Niebla* (1914), la novela o “nivola” de Unamuno. Augusto es uno de esos pseudo-intelectuales que a los treinta años no ha podido curarse del veneno de unos cuantos libros de metafísica barata y anacrónica. En el capítulo XXXI de *Niebla*, a punto de suicidarse, Augusto, indeciso, “ocurriósele consultarlo conmigo, con el autor de este relato”³⁰. Es decir, el protagonista visita a su creador, a don Miguel de Unamuno, en su despacho de la Universidad de Salamanca. Pero Unamuno no lo deja suicidarse en vista de argumentos tan estúpidos. Le ordena, más bien, marcharse a su casa. En cualquier caso él, el autor, Unamuno, ya verá si lo mata o no. Y esta suerte de meta-literatura, en donde el protagonista y el autor se confunden y se enfrentan, late también en *El suicida*. Contra la *niebla* de cierta intelectualidad, Reyes hace un llamado incisivo a la acción y a la vida activa. Incluso al final del séptimo texto del libro, de “El misticismo activo”, retumba cierto lenguaje marcial, de guerra, muy parecido al de los manifiestos futuristas de Marinetti:

¿Qué hacer para producir la catarsis, la onda del viento saludable? Echarnos a la calle cuanto antes, arrojarnos a un río, desbocar el auto, atropellar gentes, domar potros, ir de un hombre a otro, chocar con las cosas del mundo, desahogar, en fin, todo ese vaho y toda esa bruma en que naufraga la dignidad humana. No hay morbo psicológico que resista a una conflagración continental, a una guerra europea: los gases asfixiantes de las trincheras son menos dañinos que los de la chimenea doméstica³¹.

¿A qué morbo psicológico se refería Reyes? ¿Acaso al “desgano” intelectual español, al aire de estar siempre de vuelta que ya había denunciado en *Cartones de Madrid* y que se patentizaba en la *neutralidad* de España frente la Primera Guerra Mundial? Me parece que sí, en especial, si se lo relaciona con lo que Unamuno llamaba por la

²⁸ AZORÍN, *La voluntad*, ed. de María Martínez del Portal, Madrid, Cátedra, 1997, p. 153-154.

²⁹ UNAMUNO, M. DE, Carta a Alfonso Reyes, “Salamanca, 2 de junio de 1917”, *Epistolario americano (1890-1936)*, ed. Laureano Robles, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, p. 435.

³⁰ UNAMUNO, M. DE, *Niebla*, ed. de Germán Gullón, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, p. 235.

³¹ REYES, A., *El suicida, o. c.*, p. 278.

misma época como la “noluntad” nacional. Los españoles, decía, sólo parecen querer que se les deje morir en paz. Morir, no vivir:

España no quiere nada fuera de sí misma, es decir, no quiere nada. No quiere dominio territorial; no quiere dominio espiritual tampoco. No quiere soñar ensueños que dar a los demás. Duerme sin soñar. [...] No hay noluntad nacional, no hay conciencia nacional, porque no hay voluntad internacional, no hay conciencia internacional entre nosotros³².

La guerra en el resto de Europa había removido el estancado ambiente intelectual español. Había, al menos, dividido a los intelectuales en germanófilos y aliadófilos. Alfonso Reyes se inclinó prudentemente, en particular, por lo anglófilo. De ahí su traducción de varios libros de G. K. Chesterton. Sólo que, como sabía que la raíz del problema había que cortarla con un cuchillo de la propia tradición hispánica, en *El suicida* propuso “el misticismo activo”. Propuso, no la figura del fraile, sino la del soldado:

En el centro de la vida –teórica al menos– del soldado hay un misticismo: el soldado como tipo ideal debe estar dispuesto a dejar ciudades y comodidades, familias y aun la vida misma al toque del clarín [...]. Por oposición a este misticismo al aire libre, el misticismo de la celda es insano [...]. El guerrero todo se da³³.

Al escribir lo anterior, ¿acaso pensaba en su padre militar? A los ojos de Dios, decía, merece más el asalto del soldado que la devoción del ermitaño. El misticismo de la celda, de quien permanece en el confort del cuarto, termina por ser otra manera del mal. Para él, “echarse a la calle es más santo que encerrarse en casa”, puesto que no hay otra manera de ser útil y activo que sociabilizando³⁴. ¿Acaso hablaba de sí mismo: un soldado –teórico al menos– que había abandonado su país en aras de abrirlo a otros aires culturales? Al consultar la correspondencia de Reyes durante estos días se advierte en sus cartas, en efecto, cierto tono *místico* como si la dedicación literaria fuera para él como una nueva *religión*. El 8 de noviembre de 1917 le escribía en estos términos al escritor cubano José María Chacón y Calvo:

Estoy tan ocupado que tiemblo por mí sinceramente. Pronto le enviaré nuevas publicaciones mías. ¡Dioses! ¿Qué furia se ha apoderado de mí? Yo soy víctima de algo o de alguien que me va empujando por detrás. Digo como Horacio al Dios: ¿Adónde me llevas tan lleno de tu mismo?³⁵.

³² UNAMUNO, M. DE, “La noluntad nacional”, *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, ed. de Christopher Cobb, Londres, Tamesis Book Limited, 1976, p. 13-15. [Artículo originalmente publicado en *El Imparcial*, 22-III-1915, es decir, por la época en que Reyes planeaba *El suicida*].

³³ REYES, A., *El suicida*, o. c., p. 274.

³⁴ *Ib.*, p. 276.

³⁵ REYES, A., *Epistolario Alfonso Reyes – José M. Chacón y Calvo*, ed. de Zenaida Gutiérrez-Vega, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976, p. 29.

Antes, en otra carta a Genaro Estrada, su único amigo estable dentro de la burocracia mexicana y quien más tarde facilitó sus nombramientos diplomáticos desde de la Secretaría de Relaciones Exteriores, le hacía una lista de todo lo que había escrito en Madrid durante 1917:

Estoy fatigadísimo. Considere Ud. –que es diligente y sabe lo que cuesta el trabajo– lo que llevo publicado en un año (o hecho, y sin publicar, pero entregado al editor):

1. *Visión de Anáhuac* (Convivio, Costa Rica).
2. *El Suicida*.
3. [traducción de] *Ortodoxia*, de Chesterton. ([editorial] Calleja).
4. [edición y prólogo] del *Arcipreste de Hita* (Calleja. ¿Lo tiene Ud?)
5. [biografía de] *Fray Servando*.
6. [traducción de] *El Derecho Internacional del porvenir*, del francés de Alejandro Álvarez, que fue un compromiso con Fombona, y traduje yo solo, aunque aparecerán su nombre y el mío.
7. [prólogo de] *El Peregrino en su patria*, de Lope (Casa Nelson, Edimburgo. No sé cuándo saldrá. Ni pruebas tengo aún).
8. [edición y prólogo de] Juan Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen* (“La Lectura”. Se imprimirá por octubre).
9. [edición y prólogo de] *Páginas escogidas de Quevedo* (Calleja: ahora corrijo pruebas).
10. *Páginas escogidas de Ruiz de Alarcón* (también para Calleja. No sé cuándo comenzarán a imprimirlo).
11. *Cartones de Madrid* ([editorial] Cultura, no sé, etc.)

A esto añada Ud. artículos de ocasión en los periódicos, y una colección sobre el Cine que algún día publicaré (yo soy ese FÓSFORO de los periódicos madrileños que *inventó* y puso a la moda la crítica de Cine. Ahora la hacen todos, y aun en México veo artículos *Por la pantalla*, que recuerdan mi título *Frente a la pantalla*). A esto añada Ud. los delicadísimos trabajos –aunque de fruto escaso y recóndito– de la *Revista de Filología Española*, para la que formo también la Bibliografía trimestral, que se publica sin mi nombre. [...] Y añada Ud. finalmente, mil cosas más que se me olvidan. Vivo de la pluma, y es vida dura mientras no se arregle aquello, y esto...³⁶

Reyes ya dejaba traslucir esta suerte misticismo activo, incesante, como si la literatura fuera para él como una fuerza divina o sobrehumana, según le contaba a Pedro Henríquez Ureña: “Trabajo con ahínco. No me basta la luz del día, y la fatiga de la noche me encuentra sobre el yunque. Con esto, casi no tengo malos pensamientos”³⁷. ¿A qué tipo de malos pensamientos se refería? La falta de malos pensamientos, por fortuna, no hace que se avinagre o se amargue el tono de sus libros. La frescura de su prosa parece como si los hubiera acabado de escribir ayer. Reyes se despojó de esa actitud de andar sin voluntad propia –o con noluntad, diría Unamuno–, consumido en fanatismos sin revisión crítica, desdeñoso de la imaginación creadora. En el texto “Di-

³⁶ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, fechada en Madrid el 2 de septiembre de 1917, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1927)*, vol. I, ed. de Serge I. Zeitzoff, El Colegio Nacional, 1992, pp. 31-32.

³⁷ REYES A., Carta a Pedro Henríquez Ureña, “Madrid, diciembre 14 de 1916”, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, o. c., p. 111.

lucidaciones casuísticas”, de *El suicida*, encuentra en *The will to believe (La voluntad de creer)*, de William James, un antídoto contra quienes pretenden escudarse en las letras y en las artes, en lo “espiritual”, como sucedáneo o venganza por sus fracasos en la vida práctica o materialista:

La aceptación materialista de la vida tampoco se habrá de confundir con la materia misma. La materia en sí es cosa grande, y –observa William James– hay operaciones de la materia que valen por muchas del espíritu: una sola chispa eléctrica es ya mejor que varios discursos de un imbécil³⁸.

4. La denuncia contra el vicio español

Reyes llegó a España en un momento de cierto clima liberal y progresista, pero en constante pugna con las fuerzas retrógradas y anarquistas. En su texto “Huelga (ensayo de miniatura)”, incluido en *Vísperas de España* (1937), parodió o satirizó la huelga general de 1917. Sin mencionar por su nombre a ningún de los actores políticos, ni al Partido Socialista Obrero Español, ni a la monarquía de Alfonso XIII ni al gobierno de Eduardo Dato, el escritor mexicano se dedicó a observar la huelga con un humor que recuerda, según Gutiérrez Girardot, “la opinión de Borges de que la repetición del desorden es el orden, es decir, la repetición de la excepción en que consiste la huelga es la regla”³⁹. En otros textos, diseminados en varios libros, Reyes habló también de la pobreza económica de Andalucía, del nacionalismo vasco y del centralismo castellano. Explícitamente no hay nada de ello en *El suicida*, *Cartones de Madrid* o *Calendario*. Sí, en cambio, en una suerte de memorias políticas, *Momentos de España*, que dejó como informe diplomático de sus tres años al servicio de la Legación de México en Madrid (1920-1923). Denunció el anarquismo reinante y percibió desde entonces lo que pronto había de estallar con la Guerra Civil:

De 1833 a 1923, en noventa años, 118 diferentes gobiernos, o al menos, Presidentes del Consejo. Sólo del armisticio acá, de 1918 a 1923, diez cambios. Los jefes de partido se transmiten unos a otros los problemas sin tiempo de resolverlos. [...] Las crisis que determinan los cambios parecen venir de causas extrañas a la vida política ostensible y parlamentaria: pactos secretos entre los prohombres, interferencias clandestinas como los vetos de los grupos militares desde 1917, etc. [...] Y el saldo: regionalismo catalán, terrorismo, crisis social, hemorragia africana, problema ferroviario, Juntas Militares... y “desgobierno”. [...] Algo a la vez trágico y grotesco: la estética del “esperpento”, de Valle-Inclán, que vio más hondo de lo que parece⁴⁰.

Lo cierto es que ya desde 1917, en los *Cartones de Madrid*, Reyes venía señalando un defecto muy español: el excesivo popularismo que conducía al anarquismo, el desprecio por el orden y las jerarquías intelectuales. ¿No lo denunciaría Ortega, más tarde, en *La rebelión de las masas*? Como sátiras, como una puesta en ridículo de esa

³⁸ REYES, A., *El suicida*, o. c., p. 231.

³⁹ GUTIÉRREZ GIRARDOT, R., o. c., p. 42.

⁴⁰ REYES, A., *Momentos de España. Memorias políticas 1920-1923*, Archivo de Alfonso Reyes, n. 3, México, Imprenta Barrié, 1947, pp. 5-6.

costumbre española, me atrevería a catalogar al menos los siete primeros textos de *Cartones de Madrid*: “El infierno de los ciegos”, “La gloria de los mendigos”, “Teoría de los monstruos”, “La fiesta nacional”, “El Entierro de la Sardina”, “El Manzanares” y “Manzanares y Guadarrama”.

Para el crítico Jorge Rodríguez Padrón, el texto más revelador de *Cartones* es “El derecho de la locura”, porque pone el dedo en la llaga⁴¹. Si todo es chiste, sorna y humor chocarrero, ¿por qué en la tierra de Goya la policía de Madrid prohibió la exhibición pública del retrato cubista de Diego Rivera durante la “Exposición de Pintores Íntegros”, que Ramón Gómez de la Serna organizó en el Salón Kuhn (Galería de Arte Moderno) entre el 5 y el 15 de marzo de 1915, afuera de la calle del Carmen?⁴². En ninguno de estos cuadros hay rasgos de inmoralidad –ni siquiera tienen contenido sexual–, pero la policía ordenó retirar, especialmente, el óleo sobre lienzo con el *Retrato de Ramón Gómez de la Serna*⁴³. ¿Acaso el estilo cubista había escandalizado al público? Pensemos, más bien, que lo había desafiado. En el retrato pintado por Rivera no aparecían las típicas formas figurativas de la anatomía humana, sino que con trazos *geométricos* dibujaba el retrato del escritor madrileño entre las portadas de sus libros, las cuales no se apoyan en ninguna superficie sino que parecen diluirse en cubos y líneas nerviosas sobre un fondo bañado de negro, acaso en alusión al ambiente urbano de Madrid.

La prohibición policial indignó a Reyes. Apoyado en la tradición (no en el tradicionalismo), asoció el pasado estético español del siglo de oro, de la picaresca, con el cubismo, como dando a entender que España rechazaba las vanguardias porque ignoraba su pasado: “¿De suerte que en la tierra de Goya el delirio está hoy prohibido?”⁴⁴. La sorna y la burla de Goya y de Quevedo, hasta la locura de Alonso Quijano en *Don Quijote*, eran, para él, reacciones al totalitarismo tradicionalista de la sociedad española que, a juzgar por aquella prohibición policial, estaba empeñada en solamente ver un lado de las cosas, fingiendo ignorar todas las demás.

De ahí que esa para-realidad grotesca y lírica, de la que Quevedo y Goya son precursores, Valle-Inclán la llevara hasta sus últimas consecuencias en sus *esperpentos*. El personaje Max Estrella –típico engendro del pesimismo español– lo reafirma en la escena duodécima de *Luces de bohemia* (1920): “el esperpentismo lo

⁴¹ RODRÍGUEZ PADRÓN, J., “Alfonso Reyes y el Madrid posible”, en *Anales de literatura hispanoamericana*, Universidad Complutense de Madrid, 1993, n. 22, p. 207.

⁴² En aquella exposición, Rivera expuso cinco cuadros de estilo cubista: *La naturaleza muerta con damajuana* (hoy en National Gallery of Art, Washington); *Paisaje de Mallorca* (Colección particular); *El arquitecto Jesús T. Acevedo* (Museo de Arte Alvar y Carmen Carrillo Gil, Ciudad de México); *Retrato de Gómez de la Serna* (Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires), y *El rastro* (Museo de Dolores Olmedo, Ciudad de México). Para las noticias de esta exposición, véase de GARCÍA GARCÍA, I., *Orígenes de las vanguardias artísticas en Madrid (1909-1922)*, Córdoba, Fundación Provincial de Artes Plásticas Rafael Botí, 2004, pp. 58-79. Véase también de BAÑOS BRAVO, M. (ed.), *El arte español del siglo XX*, Madrid, CSIC, 2001, p. 232.

⁴³ Véase de GÓMEZ DE LA SERNA, R., *Automoribundia (1888-1948)*, OC XX, ed. de Iona Zlotescu. Revisión de los textos por Juan Pedro Fernández. Coordinación documental de Pura Fernández. Con el asesoramiento de José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, 1998, pp. 295-296.

⁴⁴ REYES, A., *Cartones de Madrid*, o. c., p. 67.

ha inventado Goya”⁴⁵. Cabe resaltar otra de sus frases de grueso calibre: “España es una deformación grotesca de la civilización europea”⁴⁶. El crítico Jesús Rubio Jiménez, puesto a analizar a fondo la relación entre Goya y Valle-Inclán, consideró que el interés del escritor gallego por el pintor aragonés nació tras la lectura del poema “A Goya” de Rubén Darío (incluido en su poemario *Cantos de vida y esperanza*, Madrid, 1903), y por los exposiciones que de los *Desastres de la guerra* y de las *Pinturas negras* empezaron a abundar en Madrid a propósito del estallido de la Primera Guerra Mundial⁴⁷.

A partir de esta asociación entre los *Caprichos* goyescos y el esperpento de Valle-Inclán me atrevo a sugerir que Reyes, en *Cartones de Madrid*, contribuyó al nacimiento de este género nuevo. No me deja de parecer un gran acierto que en el texto décimo sexto de este libro, “Valle-Inclán, teólogo”, el mexicano ya se atreviera a dibujar una caricatura del escritor español a la manera de un esperpento:

Don Ramón es una figura rudimental, de fácil contorno: el mirarlo incita a dibujarlo: con dos circulitos y unas cuantas rayas verticales queda hecha su cara (quevedos y barbas); y con cuatro rectas y una curva, su mano derecha (índice, cordial, anular, meñique y pulgar). Cara y mano: lo demás no existe, o es sólo un ligero sustentáculo para esa cara y esa mano. De hecho, nada más necesita el maestro definidor: la cara es el dogma, y la mano es el comentario⁴⁸.

¿No es el esperpento de Valle un reflejo de esa realidad de España, un teatro para muñecos en el que se fusiona –y se critica– lo lírico y lo grotesco?

5. Oxigenación cosmopolita

Cartones de Madrid retrata la capital española que vio Reyes entre 1914 y 1917, y buena parte aparece sumida en la pobreza, asediada de pordioseros y pícaros. Relatos de viajeros más o menos contemporáneos a Reyes reafirman esa realidad: Rubén Darío reportaba el 4 de 1899, en *España contemporánea*, para *La Nación* de Buenos Aires, algo muy parecido: “los mendigos, desde que salto del tren, me asaltan bajo cien aspectos [...]”⁴⁹. También en *Treinta años de mi vida*, la memorias del periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, hay todo un capítulo dedicado “a los mendigos de Madrid”⁵⁰. El novelista Pío Baroja registró igualmente en sus memorias esta abundancia, y la encontró paralela a la de bohemios y desempleados, población que se habían acentuado a comienzos del siglo XX, según él, por la crisis de 1898:

⁴⁵ VALLE-INCLÁN, *Luces de bohemia*, Austral, Madrid, 1968, p. 132.

⁴⁶ *Ib.*, p. 106.

⁴⁷ Véase de RUBIO JIMÉNEZ, J., *Valle-Inclán: caricaturista moderno. Nueva lectura de Luces de bohemia*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2006. [Véase especialmente el primer capítulo: “El esperpentismo lo ha inventado Goya”, pp. 21-52].

⁴⁸ REYES, A., *Cartones de Madrid, o. c.*, p. 85.

⁴⁹ DARÍO, R., *España contemporánea, OC II*, Madrid, Afrodísio Aguado SA, 1950, p. 40.

⁵⁰ Véase de GÓMEZ CARRILLO, E., “La miseria en Madrid”, en *Treinta años de mi vida*, Ed. José de Pineda, Ciudad de Guatemala, 1974, p. 342.

[...] probablemente por el vacío hecho por los políticos a todos los que no fueran sus amigos, y quizá también por la pérdida de las colonias, que naturalmente restringió el número de empleos en España, al verse tantos hombres en las proximidades de los treinta años sin oficio, sin medios de existencia y sin porvenir, se desarrolló, principalmente en Madrid, una bohemia áspera, rebelde, perezosa, maldiciente y malhumorada. [...] Toda España se dedicaba por entonces a la gitanería con fruición. [...] España tenía entonces una inclinación marcada por lo populachero⁵¹.

¿Por qué España se regodeaba en la miseria y el popularismo? En contravía de esta tendencia, en el texto octavo, el más corto de sus *Cartones de Madrid*, “Estado de ánimo”, Reyes despacha en un sola página, con un esfuerzo de síntesis asombroso, dos conferencias que ha de haber escuchado con mucha atención en la Residencia de Estudiantes: *Aprendizaje y heroísmo* (1915) de Eugenio D’Ors y *Disciplina y rebeldía* (1915) de Federico de Onís. En ellas, cree entender que la moral y la mística se amansan y se vuelven caseras en España, y que la erudición y la alta cultura bien pueden abrirse al público, derramarse en la conversación callejera. En el texto cita también sus conversaciones al respecto con Pío Baroja y Ortega, que acaso sostenía en la redacción de la revista *España*.

Porque el órgano periodístico más importante de la Generación del 14 sin duda fue *España. Semanario de la vida nacional*. Y lo bautizaron *España*, según Salvador de Madariaga, porque “España era lo que nos dolía a todos”⁵². Reyes, como hemos visto, se contagió de esa fiebre intelectual, y el 28 de febrero de 1920 publicó en aquel semanario el artículo “España y América”. En él, denunció *explícitamente* lo que en sus *Cartones de Madrid* había hecho *implícitamente*: el vicio intelectual de los españoles de mirar con sorna a España y más aun a Hispanoamérica: “Es muy fácil continuar la burla; pero lo importante sería crear, otra vez, el sentido de la seriedad”⁵³. Fue incluso más enfático. Denunció que al menos él, a fuerza de observación y de estudio, ya había vislumbrado el sentido histórico de España; en cambio, algunos de sus colegas peninsulares seguían en la diatriba, sumidos en la derrota de 1898; nostálgicos por la pérdida de Cuba y de las últimas colonias de ultramar:

¡Ay, si España se decidiera a confiar un poco en sí misma, a esperar más de los actos que de los epigramas! Entonces la vida española se haría más penetrable a las preocupaciones superiores. La “redentora” revisión que data del 98, aunque combatía un mal de ensimismamiento, ha traído al fin otro mal del mismo linaje. Tanta introspección acusadora ha acabado por crear una atmósfera sofocante, de cuarto cerrado. No vendría mal abrir las ventanas. [...] No vendría mal pensar en América.⁵⁴

El problema peninsular adquiriría otros matices –y quizás otras soluciones– si se miraba bajo otra óptica. Bastaba abrir las ventanas para darse cuenta de que lo hispánico, extendido a los países de habla española de América y no reducido a la soledad

⁵¹ BAROJA, P., *Desde la última vuelta del camino (memorias). Final del siglo XIX y principios del XX – Galería de tipos de la época*, México, Porrúa, 1989, pp. 16-20.

⁵² Citado por MENÉNDEZ ALZAMORA, M., *o. c.*, p. 256.

⁵³ REYES, A., “Dos viejas discusiones”, *Páginas adicionales, OC IV, o. c.*, p. 567.

⁵⁴ *Ib.*, p. 568.

de las llanuras de Castilla, presentaba otros matices. En el onceavo texto de *Cartones*, “Voces de la calle”, Reyes propone abrir las ventanas para inundarse de visiones, olores, sabores y sonidos de todo el mundo. El punto está, pues, en mirar sin sorna la realidad española, sin bajeza espiritual. Epígono de ese mirar noble fue Ramón de Mesonero Romanos, a quien Reyes resalta en el quinceavo texto de *Cartones*, “El curioso parlante”. De hecho, las *Escenas matritenses* de Mesonero Romanos podrían considerarse obra precursora de *Cartones de Madrid*. En el prólogo a la edición de Espasa-Calpe de *Escenas matritenses*, Ramón Gómez de la Serna elevó este texto de Mesonero Romanos al grado de una guía psicológica: “Sólo un observador como él podía encabezar ese casticismo vago y gracioso, señalando sus esquinas, sus escenas y sus escenarios”⁵⁵.

¿No aplica esta misma observación para *Cartones de Madrid*? Si se acepta como “guía psicológica” cobraría mayor sentido el último texto, “Giner de los Ríos”, donde Reyes retrata al fundador del Instituto Libre de Enseñanza, no como el típico pedagogo krausista, sino como un místico a la manera española: “cargado de ideales prácticos y positivos”⁵⁶. A la improvisación callejera de la generación del 98, “hija de su propia desesperación”, Giner, para él, representó lo orgánico, lo institucional. Con Giner de los Ríos, Reyes resuelve y cierra, en parte, la críticas que ha abierto en contra de España. Con su ejemplo, fundará más tarde en México La Casa de España, luego conocido como El Colegio de México.

6. Reivindicación de Menéndez Pelayo: continuidad con la tradición

Tal vez la única diferencia notable entre Alfonso Reyes y los miembros de la generación del 98 y del 14 haya sido su visión —y hasta continuidad— de Marcelino Menéndez Pelayo, el controvertido filólogo de Santander. Desde el primer libro de Reyes, *Cuestiones estéticas*, hay ya dos textos dedicados concretamente a la literatura española: “La *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, novela perfecta” y “Sobre la estética de Góngora”. Otros dos, “Las canciones del momento” y “De los proverbios y sentencias vulgares”, delatan sus conocimientos en el *Romancero tradicional* y en otros autores del siglo de oro, como Garcilaso y Fray Luis de León. Pero lo que más asombra de *Cuestiones estéticas* es que, para precisar algunos puntos de *Cárcel de amor* o bien ciertos juicios sobre la estética de Góngora, o incluso para darle autoridad a sus opiniones sobre el teatro ateniense, haya varias citas *in extenso* de Marcelino Menéndez Pelayo.

Aun más, para reforzar la tesis de su conferencia *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, que publicó como un folleto aparte en 1911, Reyes se apoyó de nuevo en el “incomparable maestro de la crítica española”, sosteniendo que el aporte principal de la poesía americana ha de buscarse en los elementos del paisaje, a través de los periodos de la historia americana: “el esfuerzo civilizador de la conquista, luego la

⁵⁵ GÓMEZ DE LA SERNA, R., “Prólogo”, en MESONERO ROMANOS, R. DE (El Curioso Parlante), *Escenas matritenses*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, p. 13.

⁵⁶ REYES, A., *Cartones de Madrid*, o. c., p. 88.

guerra de separación y finalmente las discordias civiles”⁵⁷. ¿No se encuentra en este párrafo una suerte de guión o ruta de viaje que Reyes retomará para la estructura de su poema-ensayo *Visión de Anáhuac* (1917): la expresión del paisaje del valle de México modificado por el esfuerzo de esas tres razas en tres etapas históricas?

En una carta del 24 de febrero de 1908, Pedro Henríquez Ureña le preguntaba a su joven amigo si había entre sus profesores mexicanos algún hispanista comparable a Menéndez Pelayo; si había “en México algún erudito, como no sea en historia nacional”⁵⁸. Tanto era la admiración que Reyes sentía por Menéndez Pelayo que temió imitarlo descaradamente. Desde París, en carta del 19 de mayo de 1914, le confesaba a Pedro Henríquez Ureña su angustia de “emanciparse de Menéndez Pelayo. Es casi imposible, pero de imprescindible necesidad. ¿Cómo hacer?”⁵⁹. Lo curioso es que tal deseo de “independencia” lo compartieron sus contemporáneos españoles. Por esas mismas fechas, en *Meditaciones del Quijote*, Ortega confesaba algo similar: “Cuando yo era muchacho leía, transido de fe, los libros de Menéndez Pelayo”⁶⁰. Ambos querían apartarse del maestro erudito, no porque renegaran del hispanismo, sino por la inexactitud con la que Pelayo juzgó a los demás pueblos europeos para valorar al propio⁶¹. También Unamuno y Azorín, con el afán de *européizar* lo hispánico, se apartaron de Menéndez Pelayo por la defensa que éste declaró del catolicismo y aun de la Inquisición. Reyes, en particular, buscó apartarse más por razones estilísticas: quería hacer ensayo y fantasía, y juzgaba el camino de la “erudición pura” un tanto estéril.

Pero en México —y en gran parte de Hispanoamérica— resultaba necesario exaltar la figura de Menéndez Pelayo, a fin de recuperar el brillo del pasado colonial sepultado en el olvido tanto por los más liberales como por los más conservadores. Durante el régimen de Porfirio Díaz se introdujo tanto la política educativa de Francia que la investigadora francesa Paulette Patout, al biografiar la enseñanza primaria de Alfonso Reyes en Monterrey, se sorprendió de tanto *afrancesamiento*:

El gobierno mismo, y la secretaría de Instrucción Pública en particular, imitaba a la Francia de la III República, y las escuelas normales, por ejemplo, tenían la misma organización que las francesas. [...] A fuerza de querer reaccionar contra las humanidades eclesiásticas, se enseñaban cada vez menos las letras y nada de literatura española⁶².

Lo curioso es que tal *afrancesamiento* se practicaba en menor o mayor grado en España desde el siglo XVIII, al punto que a los “ilustrados” también se les llamaba *afrancesados*. En el siglo XIX la élite *afrancesada* de España abrazó, como la de México, el positivismo. Se autodenominaron los “Krausistas”, en honor a la filosofía postkantiana del alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). La traducción

⁵⁷ Citado por REYES, A., “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”, *Capítulos de literatura mexicana, OC I*, México, FCE, 1955, p. 196.

⁵⁸ REYES A., *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia I. 1907-1914, o. c.*, p. 99.

⁵⁹ *Ib.*, p. 328.

⁶⁰ ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, o. c., p. 126.

⁶¹ Véase de HENRÍQUEZ UREÑA, P., “La Inglaterra de Menéndez Pelayo” (1912), *Ensayos*, ed. de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, París, Archivos, 1998, pp. 68-86.

⁶² PATOUT, P., *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 24-47.

y los comentarios que en 1860 Julián Sanz del Río hizo de *Das Urbild der Menschheit* (*Ideal de la humanidad para la vida*) marcó el punto de entrada del krausismo en España. Catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central de Madrid, Julián Sanz del Río sentó las bases de lo que más tarde sería el Instituto Libre de Enseñanza. El krausismo latía detrás del impulso de la creación de nuevas instituciones culturales, pues concebía el Estado como el principal patrocinador de la cultura. Sólo que cuando el krausismo español cruzó el océano hasta México, a pesar de muchas similitudes con el positivismo, no conquistó del todo la mente de los educadores. Algunos advirtieron que el krausismo disminuía aun más la formación humanista sin ofrecer tampoco ninguno avance en el conocimiento de las ciencias naturales.

Justo Sierra trató de aplicar el krausismo sin suerte entre los estudiantes mexicanos: “Los procedimientos dialécticos, el vocabulario y el estilo causan en los alumnos profunda sorpresa y desconcierto, haciéndoles penetrar en las regiones de la metafísica pura”⁶³. A tal grado elevó Sierra sus críticas contra el krausismo que, según Antolín Sánchez Cuervo, llegó a simpatizar con la opinión de los católicos, para quienes tal sistema pedagógico degeneraba en una filosofía errónea con visos de secta pseudo-religiosa⁶⁴. Si en Justo Sierra hubo un amague de simpatía conservadora, en Menéndez Pelayo fue decisiva su simpatía con la opinión de los católicos, y entre 1876 y 1882 sostuvo una polémica con los krausistas.

En la primera de las tres epístolas que se cruzó con ellos, y que conforman su libro *La ciencia española*, Menéndez Pelayo aclaró que no se trataba de oponerse a la “exageración innovadora” con otra “exageración reaccionaria”, sino en profundizar qué tanto había de ciencia, valga la redundancia, “en nuestra historia científica y aún en una gran parte (no despreciable por cierto) de la literaria”⁶⁵. Crítico del sistema educativo de las universidades españolas por los programas positivistas que imponían los krausistas, a quienes veía como meros transmisores de corrientes importadas, Menéndez Pelayo prefirió reconcentrarse en la investigación bibliográfica, en la historia literaria que creyó mucho más útil. Siendo director de la Biblioteca Nacional de España le envió una carta a Leopoldo Alas «Clarín», el 8 de abril de 1898, confesándole con ofuscación que “los krausistas son un grupo de fanáticos a quienes nunca pude tragar, como usted sabe muy bien, y a quienes creo el mayor obstáculo para el progreso intelectual de España”⁶⁶. ¿No se podría pensar lo mismo de los positivistas, de los científicos en México? De ahí que muchos años después, en su madurez creativa, Reyes comprendiera el espíritu “reaccionario” de Menéndez Pelayo:

Bien quisiera don Marcelino ser todavía más generoso; pero quiere la fatalidad que el momento histórico le atravesase una verdadera valla. Pues, ¿qué figura hacen a sus ojos los

⁶³ Citado por SÁNCHEZ CUERVO, A., *Krausismo en México*, UNAM, México, 2004, p. 73.

⁶⁴ Véase *ib.*, p. 274.

⁶⁵ MENÉNDEZ PELAYO, M., *La ciencia española*, “De re bibliographica”, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946, p. 58.

⁶⁶ Citado por MORÓN ARROJO, C., “Menéndez Pelayo: hacia una nueva imagen”, en *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen, Ponencias del Seminario del mismo título celebrado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 2-6 de agosto, bajo la dirección de Manuel Revuelta Sañudo*, Santander, 1983, p. 18.

liberales? Hacen, nada menos, figura de krausistas; en cierta manera, descastadores de las virtudes nacionales y aun de la preciosa herencia lingüística. ¿Cómo pedir al humanista que no viva ante ellos medio sublevado, y por aquí, apoyándose siempre en el pie que descansa sobre el territorio todavía conservador? Hay, pues, una niebla de época que contribuye a impedirnos la visión clara⁶⁷.

De ahí, pues, que en el México afrancesado de Porfirio Díaz la lectura de Menéndez Pelayo resultara más *heterodoxa* que *ortodoxa*. En la Escuela Nacional Preparatoria, en donde Reyes se hizo bachiller, el estudio atento de Cervantes, la lectura cuidadosa de Quevedo o de Góngora no formaban parte del pensum oficial. Sospecho que tampoco la lectura de Sor Juana Inés de la Cruz ni del dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón. La visión de España y Nueva España estaban viciada de prejuicios. Era comprensible: la modernidad española en el siglo XIX fue muy precaria en comparación a la de otras naciones europeas, y los criollos, los hacedores de la república mexicana, adoptaron el positivismo francés como doctrina básica de la instrucción pública.

Pero fatigado de la idolatría positivista y del falso afrancesamiento, desde 1912 Reyes fundó, en la Escuela de Altos Estudios de México, la cátedra de Historia de la Lengua y Literatura Españolas en la misma Escuela⁶⁸. Antes que escritor o ensayista o poeta, Reyes siempre se consideró profesor de lengua y literatura españolas. ¿Cómo se explica esto? Creo, a modo de conclusión, que la definición que mejor engloba la obra de Alfonso Reyes contemporánea a la generación del 14 sea la que, en 1925, Ortega propuso en el título de su libro *La deshumanización del arte*. Es decir: la inteligencia afinada, sí, en contraste con el sentimentalismo fraudulento. O en palabras del sacerdote maya del cuento Borges, apresado por Pedro de Alvarado mientras sueña con tigres y montañas de arena: “¡Oh dicha de entender, mayor que la de imaginar o la de sentir!”⁶⁹. La comprensión, la dicha de entender a España y a México, gobierna su obra.

Pequeña conclusión

Alfonso Reyes compartió un matiz específico de la letras españolas peninsulares. Se trata de un matiz casi desconocido en otros países y que puede advertirse desde ciertos pasajes de Cervantes o desde los escritos políticos de Quevedo en medio de la decadencia imperial, pasando por los de tono filosófico de Unamuno en plena crisis de 1898, *En torno al casticismo* (1895), hasta al *pathos* con el que José Ortega y Gasset se preguntaba en sus *Meditaciones del Quijote* (1914): “Dios mío, ¿qué es España?” Varios ensayos de Alfonso Reyes bien podrían figurar en una antología como la de

⁶⁷ REYES, A., “Reconciliación de Menéndez Pelayo”, en *Los trabajos y los días, OC IX*, México, FCE, 1997, p. 408.

⁶⁸ *Id.*

⁶⁹ BORGES, J. L., “La escritura del Dios”, *El Aleph, Prosa completa 2*, Madrid, Bruguera-Emecé, 1985, p. 324.

Dolores Franco: *España como preocupación*⁷⁰. O bien caber en el corpus que Pedro Laín Entralgo analizó en el segundo tomo de su libro *España como problema. Desde la generación del 98 hasta 1936*⁷¹.

La pregunta por el “problema de España” sigue flotando en nuestro tiempo –y seguirá flotando porque los problemas auténticos, al decir del aforista colombiano Nicolás Gómez Dávila, “no tienen solución sino historia”⁷². Alfonso Reyes no pensaba en España como “Estado”, sino como la nación fundadora o definidora del mundo hispánico. José Martínez Ruíz, “Azorín”, lo hizo notar al afirmar, en mayo de 1924, que Alfonso Reyes merecía el homenaje de la literatura independiente de España, de la literatura selecta, no sancionada por el Estado, “pero sí profunda y genuinamente nacional, arraigada en la Nación”⁷³. Es decir, “Azorín” ya consideraba a Reyes un escritor español, un escritor de la nación hispánica fundada en la lengua y en la cultura.

Recibido: 7 de marzo de 2014

Aceptado: 4 de abril de 2014

⁷⁰ Véase de FRANCO, D., *España como preocupación. Antología*, presentación de Azorín, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1960.

⁷¹ Véase de LAÍN ENTRALGO, P., *España como problema. Desde la generación del 98 hasta 1936*, Madrid, Aguilar, 1956.

⁷² Véase de GÓMEZ DÁVILA, N., *Escolios a un texto implícito*, selección de Franco Volpi, Bogotá, Villegas Editores, 2011.

⁷³ MARTÍNEZ RUÍZ, J., “Azorín”, “La personalidad literaria de Alfonso Reyes”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes. Vol. I. Primera parte*, comp. de Alfonso Rangel Guerra, México, El Colegio Nacional, 1996, p. 65. [Artículo publicado originalmente en *La Prensa*, Buenos Aires, 18 de mayo de 1924].